

# Los orígenes de la historia *cultural*, 1960-1980

Isnardo Santos<sup>1</sup>

## Introducción

Entre las décadas de 1960 y 1980 se suscitaron profundos cambios en la historiografía francesa, inglesa y norteamericana. Dichos cambios tenían que ver con una crítica al modelo cuantitativo y determinista de la historia estructural. Desde el seno de estas tradiciones surgieron proyectos alternativos que buscaban superar el elemento económico, social y de conjunto. Empezaron entonces la búsqueda del individuo, originando explicaciones sobre la forma de pensar de la sociedad y el modo de vida de las comunidades campesinas y de trabajadores. En Francia este movimiento lo encabezaron figuras como Georges Duby y su interés en constituir una historia de las “mentalidades”, en el caso de los historiadores marxistas británicos se dio un vuelco hacia la antropología de la mano de Edward Palmer Thompson y la historiografía norteamericana tuvo que recuperar su menguada historia intelectual. A continuación expondremos brevemente algunas de las tesis que sustentaron los promotores del cambio paradigmático, que aún hoy afectan la ciencia de la historia.

## Georges Duby. Un programa para la historia de las mentalidades

El estudio sobre la historia de la “mentalidad” tenía importantes antecedentes en la historiografía francesa, las propias indagaciones de Lucien Febvre, Marc Bloch y Georges Lefebvre dan constancia de ello,<sup>2</sup> pero no será sino hasta 1961 que se expresarán en toda su amplitud y profundidad los postulados sobre la misma. En un artículo publicado en el libro dirigido por el decano medievalista Charles Samaran, *La Historia y sus métodos* (1961), Duby da a conocer su posición sobre lo que denomina “Historia de las mentalidades”. Hay que decir que el artículo se presenta como una tarea ambiciosa y descomunal, al mismo tiempo resulta una matriz que pretende generar y motivar el estudio de la “otra historia”,

---

\*El presente texto es sólo un extracto de una obra más amplia que analiza el cambio historiográfico suscitado entre las décadas de 1960 y 2010. Se expone en resumen lo sucedido entre las décadas de 1960-1970. La bibliografía se ajusta al texto, pero lejos está de ser la totalidad de la que se ha empleado.

<sup>1</sup> Miembro de Palabra de Clío y profesor temporal de la Universidad Autónoma Metropolitana.

<sup>2</sup> Solange Alberro, “La historia de las mentalidades: Trayectorias y perspectivas, en *Historia Mexicana*, v. XLII:2, 1992: 334-339.

esa que quedaba al margen de la consolidada “historia económica y social”, tan impulsada por los integrantes de la revista *Annales* durante los años previos. Georges Duby, sin apartarse de la tradición de <Annales>, ya que se asume como miembros activo de la misma, propone una vía alterna y válida para el estudio de la historia. En un tiempo historiográfico preñado por el liderazgo de la historia económico-social y por la labor teórica y conceptual de Braudel, en el que dominan las interpretaciones de conjunto sobre las de carácter individual, Duby intentará, con su trabajo, atraer la atención sobre aspectos no considerados hasta ese momento como parte de la historia *annalística*.<sup>3</sup>

Recordemos que quienes impulsaron la revista *Annales* se formaron sobre un prejuicio en torno a la historia precedente; a la que consideran sesgada a la explicación política, diplomática y bélica, en resumen una historia del acontecimiento. En su lugar llamaron a construir una historia “económica” y “social”. La obra de Braudel será el clímax de este movimiento historiográfico, sustantivamente con la introducción del concepto de “larga duración”.<sup>4</sup> Braudel le pondrá ritmo a la historia explicándola en tiempos: la larga duración (tiempo secular), que corresponde a elementos estructurales de más largo aliento, aquellos basamentos, que a modo de placas tectónicas, se mueven a un ritmo lento y que tienen que ver con estructuras económicas y condiciones sociales de producción, es el lecho profundo de la historia. Sobre la superficie nos encontramos los sujetos y nuestro movimiento cotidiano, estos son los más visibles y tienen que ver con el tiempo corto, casi fugaz (tiempo evenemencial); mientras que la coyuntura (tiempo recitativo) se asocia con pequeños ciclos e incluso “interciclos”, que duran algunos decenios y tiene una unidad secuencial (en los que se puede delimitar el inicio y la conclusión de determinados procesos históricos). Es el tiempo por excelencia en el que se maneja el trabajo del historiador. Sin embargo el propio Braudel reconocía la necesidad de un tercer estudio en el entramado histórico, no sólo el económico y el social sino lo que denominó “el instrumental mental”.

Además, estos dos grandes personajes, que son la coyuntura económica y la coyuntura social, no deben inducirnos a perder de vista a otros actores, cuyo paso será difícil de determinar, tal vez sea indeterminable, al carecer de medidas precisas. Las ciencias, las técnicas, las instituciones políticas, el instrumental mental, las civilizaciones [...]

---

<sup>3</sup>François Dosse, *La historia en migajas*, México: Universidad Iberoamericana, 2006: pp. 62-95.

<sup>4</sup> Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Braudel y las ciencias humanas*, España: Montesino, 1996: 91-108.

tienen también su ritmo de vida y de crecimiento, y la nueva historia coyuntural solamente estará a punto cuando haya completado su orquesta.<sup>5</sup>

Estas eran las directrices de la historia en tiempo de Duby, no había espacio para explicar cosas tan corrientes hoy en día como el papel de la mujer, de los niños, de las representaciones, de la literatura etc. En ese contexto Duby reclamó para la historia la posibilidad de estudiar el hecho cultural, el marco de las ideas generales y los “utillajes” lingüísticos empleados por los individuos. Lo hizo sin precipitar ninguna ruptura con la tradición que representaba, lo forjó desde el seno de la corriente de <Annales>. Para ello evocó los trabajos del antiguo maestro y guía Lucien Febvre. De él retomó el concepto “mental” atribuyéndole un carácter más científico que el concebido por Émile Durkheim decenios antes, quién habría esbozado el término “conciencia colectiva”. El concepto “mentalidades” que emplea Duby alude ya a aspectos colectivos y generales, pasando con ello del singular “mentalidad”, expuesto por Bloch y Febvre en la primera generación de <Annales>, al plural “mentalidades”, que en estricto sentido tiene que ver con la asociación que Duby buscará con disciplinas como la psicología social. De esta disciplina, muy en boga en su tiempo, asimilará modelos y métodos, sobre todo buscará explicar el papel de los “medios” en la formación de la mentalidad.<sup>6</sup>

A lo largo de su ensayo y consciente de la imposibilidad de aplicar cuestionarios y encuestas al pasado y de lo limitado de la documentación que de ella nos proviene, Duby se pregunta sobre la naturaleza de las fuentes y si estas nos pueden auxiliar en nuestra labor. No hay dudas para él de que la “mentalidad” es un hecho concreto, el problema es cómo acceder a ella. La pregunta fluye aquí en los términos siguiente, ¿las fuentes de carácter individual o de un sector social nos pueden ayudar a entender la “mentalidad” generalizada en una época? ¿O ellas son representantes exclusivas de la psicología individual del sujeto o de un sector social? Ante la imposibilidad de la encuesta y el cuestionario, y de la naturaleza diversa de las fuentes históricas, Duby considera un amplio abanico de posibilidades. De ahí se explica su interés de atraer para sí todo elemento del pasado que plasme un sentido, una forma de interpretar la vida, ya fuese la pintura, la arquitectura, la

---

<sup>5</sup> Fernad Braudel, “La larga duración”, en *Las ambiciones de la historia*, Prol. Maurice Aymard trad. María José Furió, Barcelona: Crítica, 2002, p.153.

<sup>6</sup> Duby, Georges, “Historia de las mentalidades”, en Beatriz Rojas, *Obras selectas de Georges Duby*, México: FCE, 1999: 48.

literatura etc. Más aún, para Duby el papel de la psicología social nos ayudaría a entender la simbiosis social, el ir y venir entre la influencia del colectivo sobre el individuo y del individuo sobre el colectivo.<sup>7</sup>

En su empresa Duby no escatimó recursos. Pone al servicio del estudio de las “mentalidades” todo lo que está a su alcance, la cuantificación, la lingüística y la antropología. De hecho, sin abandonar su tradición historiográfica, incluirá la renovada visión del tiempo histórico, según la aprecia Braudel y de la que se habló más arriba. El artículo de Fernand Braudel, “Historia y ciencias sociales: la larga duración”, se había publicado apenas tres años antes en la revista *Annales* (octubre-diciembre de 1958). Duby atrae para sí este revelador esquema interpretativo e introduce sus “mentalidades” dentro de la larga duración. De tal manera descompone el tiempo en tres niveles, el tiempo corto (al que llama curiosamente microhistoria), las “prisiones” del tiempo largo y el coyuntural. Los tres tiempos están imbricados, pero es notorio que la microhistoria (el tiempo corto) es un espacio atractivo para el historiador de lo mental, ya que Duby afirma de él siguiente:

Ese nivel de corta duración es el de los tumultos bruscos, emociones populares de origen político o religioso, agitaciones de la opinión pública, resonancias de un discurso, de un sermón, del simple tránsito de una personalidad excepcional que por su presencia, por lo que irradia a su alrededor, libera una pasión, hace brotar de la conciencia un objeto aún inesperado, éxito de un libro en un estrecho círculo de sabios o de pensadores, escándalo de un pintura en un pequeño grupo de artistas. Es sobre todo a nivel de esa “microhistoria” que se establecen relaciones entre los grupos y los individuos: reacción del medio colectivo a la acción de un individuo, reacción del individuo a las presiones exteriores.<sup>8</sup>

Un terreno innovador para su tiempo y en el que intenta colocar a las “mentalidades”, es en el del estudio del lenguaje, entendido como el análisis del vocabulario y del estudio de las “cantidades, de las cifras de las mediciones”. Para Duby el modo de acceder al espacio mental tiene que pasar por esta cuestión “lingüística” y “numérica”, reconoce sin embargo que el acceso a la misma tiene una complejidad social, que tiene que ver con las minorías que sabían leer y escribir; de si estas eran capaces de traducir el lenguaje popular o no. Al respecto Duby afirma:

Entre los instrumentos cuyo estudio se impone se cuenta el primer término el lenguaje, y por lenguaje entendemos los diversos medios de expresión que el individuo recibe

---

<sup>7</sup> Ibid, p. 49.

<sup>8</sup> Ibid, p. 53.

del grupo social en que vive y que sirve de marco a toda su vida mental. ¿Cómo penetrar en la conciencia de los hombres de un ambiente determinado, cómo explicar su conducta, las relaciones que tiene, tratar de ver el mundo y a los demás por los ojos de ellos, sin conocer bien el vocabulario que utilizan [...] sin disponer de un inventario sistemático y cronológico de las palabras?<sup>9</sup>

Con esto Duby pareciera aproximarse a lo que con posterioridad se ha identificado con la historia intelectual e historia conceptual. A diferencia de la autonomía que han adquirido en la actualidad estos estudios Duby las observaba como parte de los esfuerzos que debía coordinar la propia historia de las mentalidades. Respecto a la cuestión numérica aclaraba que a través de ella

Podemos ver lo útil que es poder determinar, en un grupo social, el grado de precisión mental, y por lo tanto inventariar los procedimientos en uso para medir, números arábigos, números romanos, simples marcas o un trozo de madera, unidad de longitud, de peso, de superficie, fijas o variables concretas o ideales estrictas o fluidas.<sup>10</sup>

Tópicos que hoy son parte de la historia de la ciencia y la tecnología, pero que Duby ubica como parte de los objetos del investigador de las mentalidades. De aquí que el texto de Georges Duby considere nodal el estudio de la educación, entendida en un “sentido más amplio”. Según esto se debe observarse “todas las comunicaciones entre el individuo y lo que lo rodea, de los medios por los cuales recibe los modelos culturales y, en consecuencia, para empezar de una historia de la infancia”.<sup>11</sup> Esta no se suscribe exclusivamente al estudio de la niñez sino a todo el espectro de la sociedad. Un elemento relacionado con la educación es el de los medios de transmisión de la cultura. Cuestión que ocupa la reflexión de Duby. Según esto, la “palabra” es un objeto de transmisión, la cual se da en términos orales a través del “relato”, “arengas” y “sermones”. Su estudio, además, compromete a investigar las mismas prácticas, donde debe observarse la “percepción del auditorio”. En su aspecto escrito, la palabra debe estudiarse en el libro, del que opina ser “vehículo y conservatorio”. Añade algo importante al hablar del libro; que este “permanece, y es en contacto con él, tomándolo en nuestras manos, hojeándolo, como mejor podemos unirnos a la actitud psicológica de los hombres del pasado”. Sin expresarlo como tal, Georges Duby había dado con la clave de la importancia del “soporte”, fundamental en los estudios actuales de libro y de la prensa escrita. Para una corriente de historiadores

---

<sup>9</sup> Ibid, p. 56.

<sup>10</sup> Ibid, p. 58.

<sup>11</sup> Ibid, p. 59.

intelectuales, el “soporte”, el objeto mismo de transmisión del discurso, es hoy en día importante para entender la dinámica en la formación y transmisión de las ideas, consideran que el objeto es tan valioso como el contenido en el que se prodigaron los discursos. De hecho el texto de Duby explicita la necesidad de estudiar el libro en gran perspectiva: “Es preciso ubicar las bibliotecas, inventariar su contenido, seguir su enriquecimiento progresivo que es el signo concreto de las infiltraciones de nuevas curiosidades y de conocimientos nuevos”.<sup>12</sup>

Por último Georges Duby recomendaba un acercamiento al “universo psicológico, intelectual y moral”, para ello consideraba necesario “reconstruir las representaciones que se hacían del mundo, de la vida, de la religión, de la política, determinada colectividad histórica”. Para realizar esto, –que fuera enunciado en su momento por L. Febvre en *Combates por la historia*– Duby sugiere realizar “inventarios” sobre los mitos, las creencias y los símbolos. Aclara que para analizar este elemento debe hacerse por medio de las “imágenes y las expresiones que las fijan”. Incorpora en esta parte el trabajo de Lévi-Strauss y su *Antropología estructural*. Considera entonces que las fuentes de accesos a este universo de representaciones y de imágenes deben realizarse desde el estudio de la creación artística, la cual puede ser literaria o iconográfica. Entendiendo siempre la complicación entre el papel activo del creador y la multiplicación de significados de lo representado.<sup>13</sup>

### **Edward Palmer Thompson “la miseria de la teoría”**

En Gran Bretaña, paralelamente a los desarrollos de la historiografía francesa, se había formado una generación de historiadores comprometidos con una historia económica y social. A diferencia de sus colegas, allende el “Canal Inglés”, los historiadores británicos se habían inclinado abierta y decididamente por las tesis marxistas. Desde la generación de Maurice Dobb, Rodney Hilton, Christopher Hill y Eric Hobsbawm los problemas planteados tenían que ver con cuestionamientos hechos al interior del marxismo, los temas tratados se asociaban con cuestiones sobre las “transiciones” en los modos de producción, los efectos de la lucha de clase y el papel del campesinado en la transformación del sistema productivo.<sup>14</sup> Era un grupo formado a mediados de la década de 1940 que se había

---

<sup>12</sup> Ibid, p. 61

<sup>13</sup> Ibid, P. 63

<sup>14</sup> Harvey Kaye, Los historiadores marxistas británicos. Un análisis introductorio, Zaragoza: Universidad de Zaragoza, 1989:

integrado en torno al Partido Comunista, tenía a su favor la capacidad reflexiva y crítica de sus miembros, quienes formalizaron la creación de la revista *Past and Present* en 1952; en la cual podemos ver a Eric Hobsbawm como fundador y asistente editorial. La revista, como se sabe, no fue dogmática ni exclusiva de los historiadores marxistas y aunque originalmente atrajo a miembros activos del Partido y la academia, a la larga, la revista se convertirá en referente de la historia social o historia desde abajo.<sup>15</sup>

El grupo adoptó la premisa dicotómica del marxismo, la misma que establecía la base y la superestructura como modelo analítico; dónde la “base es definida como la(s) dimensión(es) económicas y/o tecnológicas *determinantes*(s) y la superestructura es definida como las dimensiones política, jurídica, cultural e ideológica, *determinadas*”.<sup>16</sup> Lo cierto es que aunque el modelo fue profusamente utilizado por esta generación, el mismo no pretendía ser ortodoxo ni cerrado al marxismo dogmático, precisamente, como ha observado Harvey Kaye, la naturaleza de la disciplina histórica los obligaba a debatir e interrogarse sobre sí la sociedad, y el proceso histórico en el que está inmersa, estaba tan determinada por los elementos económicos. Precisamente durante los años previos a la década de 1960 existía ya un clima crítico con respecto a discusiones como la “consciencia de clase” y la “clase”. Sin embargo, no será sino hasta la aparición de la obra de Edward Palmer Thompson, *The Making of the English Working Class* (1963) que el elemento cultural cobrará importancia en la explicación histórica marxista.

Hay que apuntar que E.P. Thompson se formó como parte de esta generación marxista y perteneció al mismo Partido Comunista en Inglaterra, hasta que en 1956 junto con otros historiadores abandonó sus filas. A diferencia de la primera generación de historiadores marxistas británicos, Thompson fue un autor más joven y un tanto alejado del academicismo.<sup>17</sup> *The making* sería una obra realizada dentro de la marginalidad del Partido Comunista y de la academia. El supuesto del que parte la obra da un giro de 360 grados sobre las bases en que se había conformado el modelo marxista para esos años. Thompson colocará sobre la escena el elemento “cultural” para explicar el origen de la “clase obrera” en Inglaterra. Antes que cualquier determinismo económico y mecanicismo histórico,

---

<sup>15</sup>Ibid p. 12.

<sup>16</sup>Ibid. p 14.

<sup>17</sup> Carlos Illades, *Thompson*, México: UAM, 2008: 17-27

Thompson privilegia la explicación procesal y la relación sociedad/cultura para explicar su concepto de “clase”. En *The making* expresará que:

Por clase entiendo un fenómeno histórico que unifica una serie de sucesos dispares y aparentemente desconectados en lo que se refiere tanto a la materia prima de la experiencia como a la conciencia. Y subrayo que se trata de un fenómeno *histórico*. No veo la clase como una <estructura>, ni siquiera como una <categoría>, sino como algo que tiene un lugar de hecho (y se puede demostrar que ha ocurrido) en las relaciones humanas.<sup>18</sup>

Puesto en esta circunstancia, Thompson considera que la “clase” no es algo abstracto, sino que tiene naturaleza social e histórica, que se encuentra en esos anónimos que son la gente que la constituye. Más aún, sin abandonar la interpretación marxista, contempla el proceso histórico de una manera *relacional*, aunque no determinista, entre las condiciones económicas y la formación de la clase. Según esto la clase “cobra existencia cuando algunos hombres, de resultas de sus experiencias comunes (heredadas o compartidas) sienten y articulan la identidad de sus intereses a la vez comunes a ellos mismos” de tal suerte que “la experiencia de clase está ampliamente determinada por la relación de producción en la que los hombres nacen o en la que entran de manera involuntaria”, dicho lo anterior concluye afirmando que:

La conciencia de clase es la forma en la que se expresan estas experiencias en términos culturales: encarnadas en tradiciones, sistemas de valores, ideas y formas institucionales. Si bien la experiencia aparece como algo determinado, la conciencia de clase no lo está. Podemos ver una cierta *lógica* en las respuestas de grupos laborales similares que tienen experiencias similares, pero no podemos formular ninguna *ley*. La conciencia de clase surge del mismo modo en distintos momentos y lugares, pero nunca surge exactamente de la misma forma.

*The making* transitará por el estudio de la formación social y afianzamiento cultural de la clase obrera. Intentará probar cómo se formó la conciencia de clase, esto a través, no de estudios sobre el cambio tecnológico y de modelo económico, a los que coloca en segundo plano, sino por medio de la revisión pormenorizada de los cambios culturales sufridos por los trabajadores desde el siglo XVIII. Con Thompson el término “clase” se asociará inevitablemente al de “experiencia”, “identidad” y “lucha”. Hay que decir que su trabajo no es un viraje exclusivamente antropológico, sino que incluye las relaciones de poder: ya que recupera el antagonismo entre un sector de la sociedad y otro, pues para

---

<sup>18</sup> Edward Palmer Thompson, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, prolog. Josep Fontana, Trad. Elena Grau, Barcelona: Critica, 1989: XIII.



Thompson este antagonismo es capital para entender no sólo la lucha sino la toma de conciencia. Thompson lo describió así años después en un artículo “La sociedad inglesa del siglo XVIII. ¿Lucha de clases sin clase?”.

[...] las gentes se encuentran en una sociedad estructurada en modos determinados (crucialmente, pero no exclusivamente, en relaciones de producción), experimentan la explotación (o la necesidad de mantener el poder sobre los explotados), identifican puntos de interés antagónica, comienzan a luchar por estas cuestiones y en el proceso de lucha se descubren como clase, y llegan a conocer este descubrimiento como conciencia de clase. La clase y la conciencia de clase son siempre las últimas, no las primeras, fases del proceso real histórico.<sup>19</sup>

La presencia intelectual de E.P. Thompson precipitó a una serie de investigadores ingleses y norteamericanos a revalorar el concepto de “clase” asociándolo con el término cultura y con el de poder. Lo que los acercó a la antropología y a la semiótica. Thompson dispuso entonces de la oportunidad que no había tenido antes, de generar su propio seminario y su círculo de seguidores, entre los que destacaban el estadounidense David Montgomery o el inglés Gareth Stedman Jones. Montgomery centrará sus investigaciones en la posibilidad de incorporar a la clase trabajadora norteamericana en la historia política de su país.<sup>20</sup> Stedman Jones, por su parte, se enlistará en las filas del “giro lingüístico”, obsesionado por encontrar la “conciencia” en su espacio de manifestación: el lenguaje.<sup>21</sup> Lo propio hicieron historiadores norteamericanos como William Seweel y Joan Wallash Scott, quienes desde su trinchera y ante las posibilidades expuestas por la obra de Thompson radicalizaron sus estudios. La puerta abierta por Thompson se fue transformando en una silenciosa corriente que a la vuelta de unos años iba a cambiar la faz de la disciplina histórica.

### **“La historia en migajas” y el cambio de paradigma**

En 1974 se publicó el libro, *Faire de l’histoire* y que en español se conoció como *Hacer la historia* (1978). Obra dividida en tres volúmenes: “Nuevos problemas”, “Nuevos enfoques” y “Nuevos temas”. La tarea pretendía ser una renovada mirada a los enfoques y

---

<sup>19</sup> E.P. Thompson, *Tradición, revuelta y conciencia de clase*, Prol. Josep Fontana, Trad. Eva Rodríguez, Barcelona: Crítica 1984: 37.

<sup>20</sup> David Montgomery, *El ciudadano trabajador. Democracia y mercado libre en el siglo XIX norteamericano*, trad. Stella Mastrangelo, México: Instituto Mora, 1997.

<sup>21</sup> Gareth Stedman Jones, *Lenguajes de Clase. Estudios sobre la historia de la clase obrera inglesa*, Trad. Blanca Tera, Madrid: Siglo veintiuno editores, 1989.

temas históricos. Le Goff aprovechó la ocasión para examinar lo que hasta ese momento se conocía como “historia de las mentalidades”. El escrutinio sin embargo resultó lapidario. El título del artículo calificaba de “ambigua” una historia que había intentado atraer para sí el derecho de incursionar en un campo alternativo de la historia, para ello se había apoyado en la psicología social y en temas de orden cultural. Sin embargo Le Goff cuestionaba la poca claridad del nuevo concepto, su párrafo de inicio lo decía todo:

Para el historiador de hoy *mentalidad* es aún algo nuevo y ya envilecido. Se habla mucho de historia de las mentalidades, pero se han dado pocos ejemplos convincentes. Mientras se trata aún de un frente pionero, de un terreno por roturar, uno se pregunta si la expresión encubre una realidad científica, si oculta una coherencia conceptual, si es epistemológicamente operativa. Atrapada por la moda, parece ya pasada de moda. ¿Hay que ayudarla a ser o a desaparecer?<sup>22</sup>

No hay que pasar por alto el contexto en que publica Jacques Le Goff su artículo. Me refiero al contexto del libro, al proyecto historiográfico del que emerge. Estamos hablando de la tercera generación de <Annales>. El libro compuesto de tres tomos se forja bajo el sentido de la renovación: “nuevos problemas”, “nuevos enfoques” y “nuevos temas”. Viejos maestros y noveles historiadores comparten el espacio para ofrecer una historia fraccionada, en plural, heterogénea y diversa, que ante la incapacidad de consolidar un método común privilegian el consenso y la diversidad. El libro supone el abandono de las ideas integradoras de la “historia total” (ambición de Braudel), ahora cada “problema”, cada “enfoque” y cada “tema”, buscará el método idóneo para resolver sus preguntas. La historia se divide en numerosas historias; cada una deberá proceder para encontrar su método, resolver sus hipótesis, procurar su objeto e identificar sus fuentes. La historia pasa de ser una disciplina en busca de identidad propia a una zona abierta, legítima para experimentar con métodos y técnicas de otras disciplinas. En la obra se anuncian retornos y se mantienen propuestas. Lo mismo podemos leer a decanos como Pierre Vilar hablando de “Historia marxista, historia en construcción” que al otro Pierre, a Nora, escribiendo sobre “la vuelta del acontecimiento”; a Michel de Certeau con “La operación histórica” y a Georges Duby con “Historia social e ideología de las sociedades” y, además, se puede identificar a una pléyade de historiadores de distintas ramas y reconocido prestigio, como Francois Furet, Paul Vayne, Marc Ferro, Emanuel Le Roy Ladurie, Pierre Chaunu, Roger

---

<sup>22</sup> Jacques Le Goff, “Las mentalidades. Una historia ambigua”, en Pierre Nora y Jacques Le Goff, *Hacer la historia*, Barcelona: Editorial Laia, 1978: p 82.

Charter, Michel Serres y Jacques Julliard entre otros. En este contexto renovador no era difícil hablar para Le Goff de “ambigüedad” en la historia de las mentalidades. Ante las definiciones y precisiones temáticas el proyecto de las “mentalidades” se antojaba ya poco viable. De hecho dejará de serlo. El texto de Le Goff se convertirá, a la postre, en un insuperable revisionismo sobre el tema. El propio Jacques Le Goff dejará de cultivar la materia, a la vuelta de unos años definirá su quehacer dentro de la historia de las representaciones.

Sucede entonces un cambio considerable en el panorama historiográfico francés y europeo. La fuerza y penetración de la corriente *Annales* perderá impulso para estos años. Es durante los años 70’s que comienza a moverse el lecho historiográfico. Hay que recordar que en los albores del decenio Paul Veyne había publicado *Comment on écrit l’histoire* (1971), anexando en la nueva edición de 1978 el escrito *Foucault révolutionne l’histoire*, obra en la que se aprecia la penetración del trabajo de Michel Foucault y de la corriente filosófica del postestructuralismo. Sin embargo, esta introducción del pensamiento de Foucault al terreno histórico la hizo Veyne de forma indulgente, muy contrario a las polémicas y contravenciones que el reconocido filósofo llegó a tener con distintos historiadores por la misma época. En el texto *Foucault révolutionne l’histoire*, Veyne afirmó que “Foucault es el historiador completo, el final de la historia”. Párrafos más adelante definiría el método de Foucault de la siguiente manera:

Para Foucault, el método consiste, por tanto, en comprender que las cosas no son más que objetivaciones de prácticas determinadas, cuyas determinaciones hay que poner de manifiesto, ya que la conciencia no las concibe. Esa operación de poner de manifiesto, como culminación de un esfuerzo de visión, constituye una experiencia original, e incluso atractiva, a la que podríamos llamar con cierta ironía <<rarefacción>>. El producto de esa operación intelectual es abstracto, y no es de extrañar: no es una imagen en que se vean reyes, campesinos y monumentos, ni tampoco un estereotipo al que nuestra conciencia está tan acostumbrada que ya no percibe su abstracción.<sup>23</sup>

De hecho la presencia de Foucault dentro del cambio historiográfico que se gesta durante los años 70’s, será de dos maneras, como participe directo y como referente obligado. Recordemos tan solo que el proyecto *Hacer la historia* que impulso Pierre Nora en la editorial Gallimard, y que finamente contó con la colaboración de Jacques Le Goff,

---

<sup>23</sup> Paul Veyne, *Cómo se escribe la historia. Foucault revoluciona la historia*, Madrid: Alianza Editorial 1984: p.213

fue una propuesta planeada y gestionada originalmente entre Nora y Foucault con el ánimo de pluralizar el estudio de la misma historia.<sup>24</sup>

Por otra parte, en este proceso deconstructivo el historiador norteamericano Hayden White publicó en 1973 *Metahistory: The historical imagination in nineteenth-century europe* (1973). Con dicha obra se exponía la naturaleza narrativa de la historia, hecho que había minimizado la corriente de *Annales*. White fue muy enfático en manifestar el doble propósito en su trabajo; por un lado, el del análisis histórico sobre la forma de escribir la historia en el siglo XIX y, por otro, en el de contribuir con su investigación a dilucidar el “problema del conocimiento histórico”. Desde su perspectiva el “análisis de las estructura profundas de la imaginación histórica, en los textos de la Europa del siglo XIX, intenta aportar un punto de vista nuevo sobre el actual debate acerca de la naturaleza y la función del conocimiento histórico”.<sup>25</sup> Su conclusión, lejos de lo que se afirma, demuestra que el establecimiento del relato histórico en el siglo XIX europeo obedecía a la emergente necesidad de dominio que generó la sociedad industrial de su tiempo. Para demostrarlo se apoyó en un modelo “formalista” de análisis de textos; incorporando los “tropos” del análisis poético: “metáfora”, “metonimia”, “sinécdoque” e “ironía”. Habría que decir que el trabajo resultó en un excelente ejercicio crítico, que aborda menos el contexto en que se formaron las obras, para centrarse mayormente en los contenidos y las construcciones narrativas de las obras históricas.

Durante la misma década, en el año de 1976, el historiador italiano Carlo Ginzburg publicará *Il formaggio e i vermi. Il cosmo di un mugnaio del '500* inaugurando con ello lo que a la postre se definió como “microhistoria” o el análisis histórico a pequeña escala. La obra de Ginzburg resultó paradigmática por muchas razones. La primera de ellas es por su revolucionario método de interpretación histórica, el cuál abandona el análisis estructural, para volcarse sobre la interpretación del individuo, su interés: desentrañar la forma de pensar de la “clase popular”. Contrapone para ello los viejos conceptos de Gramsci de “hegemonía” y “subalternidad”. Apoyado por este inicial bagaje conceptual parte de

---

<sup>24</sup> Françoise Dosse, *Historia del estructuralismo. Tomo II: El canto del cisne, 1967 hasta nuestros días*, Madrid: Akal, 2004: p. 293-299.

<sup>25</sup> Hayden White, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México: FCE, 1992, p. 14.

preguntas aparentemente sencillas pero complejas en su respuesta, le interesa definir si la cultura hegemónica es la misma que la subalterna, si es verdad que ambas se retroalimentan o si una es el reflejo de la otra, más aún, acepta el reto de demostrar si la imposibilidad de las fuentes es un obstáculo para acceder a la “cultura popular”. Su indagación será inspirada por la obra del teórico y escritor ruso Mijaíl Bajtín (al que identifica como Bachtin) –sobre todo en recuperar la categoría “cultura popular”– más que por la antropología norteamericana. Un elemento adicional es que rehúye ubicar su trabajo dentro de la corriente de las “mentalidades”, a la que considera con elementos metodológicos “interclasistas” y tendencia a la explicación “colectiva”. Ginzburg terminará afirmando, respecto a su forma de proceder historiográficamente, lo siguiente:

Es sintomático que la viabilidad de una investigación de este tipo haya sido descartada de antemano por los que como F. Furet, sostienen que la reintegración de las clases inferiores a la historia sólo es posible bajo el epígrafe “del número y del anonimato”, a través de la demografía y la sociología, del “estudio cuantitativo de la sociedad del pasado”. Con semejante aserto por parte de los historiadores, las clases inferiores quedarían condenadas al “silencio”.

Pero si la documentación nos ofrece la posibilidad de reconstruir no sólo masas diversas, sino personalidades individuales, sería absurdo rechazarla. Ampliar hacia abajo la noción histórica de “individuo” no es objeto de poca monta. Existe ciertamente el riesgo de caer en la anécdota, en la vilipendiada *histoire événementielle*.<sup>26</sup>

Ginzburg a su vez se apartará de las interpretaciones de Foucault y de los seguidores del mismo, coloca su trabajo, como un ensayo más próximo a los estudios de E.P. Thompson y Natalie Z. Davis, de los que reconoce sus esfuerzos por desterrar los elementos de la “cultura popular”.

La década de 1970 terminará con un ensayo sinóptico y revelador escrito por el historiador británico Lawrence Stone, *The revival of narrative: reflections on a new old history*. Publicado en noviembre de 1979 en la revista inglesa *Past and Present*. Stone había llegado a la conclusión del ineludible retorno de la “narrativa” a la historia, de hecho se preguntaba si alguna vez se había ido. El texto de Stone es un cuidadoso diagnóstico de las condiciones y el viraje que la disciplina histórica estaba sufrido durante la década que concluía. Desde su muy particular punto de vista en el siglo XX los historiadores habían

---

<sup>26</sup> Carlo Ginzburg, *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XIV*, México: Editorial Océano, 2000: p. 24.

buscado establecer una historia “científica”, en oposición a una historia “narrativa”, que provenía del siglo precedente. Las condiciones de esta historia “científica” eran su apego a métodos cuantitativos (clíometría), explicaciones basadas en las estructuras sociales y fundadas en el análisis determinista de la economía. En suma era una historia donde tentativamente desaparecía el individuo para dar paso a explicaciones de conjunto. Frente a esa historia emergerán en la década de los 70’s algunos ejemplos y cambios paradigmáticos para la disciplina, según Stone esto fue provocado por

El desencanto con respecto al determinismo monocausal de carácter económico o demográfico, lo mismo que a la cuantificación, ha llevado a los historiadores a comenzar a formular un conjunto enteramente nuevo de preguntas, muchas de las cuales habían quedado anteriormente excluidas de sus perspectivas debido a una preocupación por una metodología específica de índole estructural, colectiva y estadística. Actualmente son cada vez más los “nuevos historiadores” que se esfuerzan por descubrir qué ocurría dentro de las mentes de los hombres del pasado y como era vivir en él, preguntas que inevitablemente conducen de regreso al uso de la narrativa.<sup>27</sup>

Para Stone algunos elementos adicionales contribuyeron al cambio paradigmático que se estaba gestando durante la década en 1970. Por un lado los desarrollos de la antropología simbólica, en autores como Clifford Geertz y su “descripción densa”, y la renovación de la historia intelectual, la cual incluye ahora elementos del análisis lingüístico. Destaca en éste terreno los trabajos de J.G.A. Pocock, Quentin Skinner y Bernard Bailyn. Los cambios suscitados no sólo generan una “nueva historia”, sino una historia de la “mentalidad”. Reconoce la labor de Duby en este sentido y conviene en enumerar una gran gama de temas y aspectos que ataca esta “nueva historia”, como “la naturaleza del poder, la autoridad y el liderazgo carismático; la relación de las instituciones políticas con las normas sociales implícitas y los sistemas de valores”, para distinguir también los estudios sobre “la actitud hacia la juventud, la ancianidad, las enfermedades y la muerte; el sexo, el matrimonio y el concubinato; el nacimiento, la anticoncepción y el aborto”, temas relacionados con “el trabajo, el ocio y el consumo ostentoso; la relación entre la religión, la ciencia y la magia” así como “la intensidad y la dirección de emociones como el amor, el miedo, el placer y el odio”,<sup>28</sup> entre otros temas.

---

<sup>27</sup> Lawrence Stone, “El resurgimiento de la narrativa: reflexiones acerca de una nueva y vieja historia” en *El pasado y el presente*, trad. Lorenzo Alderete, México: FCE, 1986: p. 107.

<sup>28</sup> *Ibid.* p. 110.

Sin embargo Lawrence Stone no es tan entusiasta como para no anticipar algunos problemas sobre esta emergente “nueva historia”. Le preocupa, en primera instancia, la relación entre el valor inductivo y deductivo, es decir como pasar de estas explicaciones generales a las particulares y viceversa, y sí la evidencia individual puede afianzar la explicación general. Un segundo problema es distinguir lo anormal de lo excéntrico, en tercer lugar le inquieta distinguir los límites de la propia interpretación y, por último, llama la atención sobre el peligro de retornar a una historia anticuaria.

Paradójicamente, en este contexto de cambio historiográfico, se publica en 1979 íntegramente la obra monumental en tres volúmenes de Fernand Braudel *Civilisation matérielle, économie et capitalisme. XVe-XVIIIe siècle*. Trabajo que era la labor de más de 20 años de investigación de este influyente historiador y en la cual se reafirman los elementos de la larga duración, la estructura económica, la formación social y la idea del sistema mundo. Curiosamente la obra de Braudel llegaba en medio de un cierre de ciclos, al final de una brillante coyuntura historiográfica, lo que parecía ratificar lo declarado alguna vez por Fernand Braudel, en el sentido de que siempre se había sentido sólo en su empresa historiográfica. Con muchos seguidores su legado tendrá a futuro pocos adherentes. La obra de Braudel no podría decirse que llega tardíamente, pero sí en medio de un cambio generacional y conceptual con respecto a la historia. El propio Braudel emprenderá la aventura de realizar un trabajo inacabado en torno a lo que denominó la “identidad” de Francia. Tanto en lo publicado, los dos tomos que sí terminó, y en los bosquejos del tercero que dejó inconcluso, se puede advertir el apego que el viejo maestro tenía hacia su método y visión de la historia, la *Identidad de Francia* se explica a partir de la geografía, la demografía, la economía política, la cultura y la sociedad. El modelo era similar a su laureado *Mediterráneo*. Braudel muere en Cluses, Francia en 1985, alejado de cualquier controversia y en medio de un cambio paradigmático en la disciplina a la que se entregó con vehemencia.

### **Bibliografía**

- Aguirre Rojas, Carlos Antonio, *Braudel y las ciencias humanas*, España. Montesinos, 1996.
- Braudel, Fernand, *Las ambiciones de la historia*, prolog. Maurice Aymard, Trad. María José Furió

Burke, Peter, *Formas de historia cultural*, Trad. Belén Urrutia, Madrid: Alianza Editorial, 2000.

Dosse, François, *La historia. Conceptos y escrituras*, Trad. Horacio Pons, Buenos Aires: Nueva Visión, 2003.

-----, *La historia en migajas*, México; Universidad Iberoamericana, 2003

-----, *Historia del estructuralismo*, 2 t., Trad. María del Mar Llinares, Madrid: Akal Ediciones, 2004.

Ginzburg, Carlo, *Mitos, emblemas, indicios. Morfología e historia*, Trad. Carlos Catroppi, Barcelona: Gedisa Editorial, 1999.

-----, *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*, Trad. Francisco Martín, México: Océano. 1996.

Le Goff, Jacques y Pierre Nora, *Hacer la historia*, 3v. Trad. Jem Cabanes, Barcelona: Editorial Laia, 1980.

Morales, Luis Gerardo, *Historia de la historiografía contemporánea (de 1968 a nuestros días)*, México: Instituto Mora, 2005.

*Obras selectas de Georges Duby*, Presentación y compilación Beatriz Rojas, trad. Sella Mastrangelo, México: Fondo de Cultura Económica, 1999.

Serna, Justo, *La historia cultural. Autores, Obras, Lugares*, Madrid: Akal, 2007.

Stedman Jones, Gareth, *Lenguaje de clase. Estudios sobre la historia de la clase obrera inglesa*, trad. Blanca Tera, España: Siglo Veintiuno de España Editores, 1989.

Stone, Lawrence, *El pasado y el presente*, Trad. Lorenzo Aldrete, México: Fondo de Cultura Económica, 1986.

Thompson, E.P., *Thompson obra esencial*, Barcelona: Crítica, 2002.

Veyne Paul, *Cómo se escribe la historia Foucault revoluciona la historia*, Trad. Joaquín Aguilar, Madrid: Alianza Editorial, 1984.

White, Hayden, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, trad. Stella Mastrangelo México: Fondo de Cultura económica, 1992.